

paración para la muerte. 2.º La de recibir con piadosas disposiciones los santos sacramentos. Supliquémosles también que nos asistan en nuestra última hora. Por último, después de habernos recomendado con insistencia á su poderoso protección, dediquémonos con serio cuidado á la importante acción que debe ocuparnos en el ejercicio siguiente.

CUARTO EJERCICIO

Confesar como si fuese la última vez de la vida.

La mejor y más esencial preparación para la muerte consiste en purificar bien nuestra alma por una buena confesión; porque de esta confesión pueden depender nuestra salvación y nuestra dicha eterna. Conviene, pues, hacerla con todo el cuidado y la atención que pondríamos si fuese la última de nuestra vida, y como si el divino Juez nos pidiese la cuenta severa en el acto de su terminación. He aquí las condiciones necesarias:

1.º Abramos con abandono perfecto nuestra conciencia á nuestro confesor, para que éste pueda ver como en un espejo fiel el estado de nuestra alma tal cual se manifestará el día del juicio á la faz del universo. Para descubrir nuestras

faltas al ministro sagrado, sirvámonos si es posible de las mismas expresiones que el demonio empleará un día cuando sostenga su acusación contra nosotros en el temible tribunal.

2.º Excitémonos cuanto nos sea posible á los sentimientos del más profundo dolor y de perfecta contrición.^a

3.º No nos detengamos en la resolución general, apliquémonos sobre todo á buscar los defectos particulares que tenemos que corregir, escogiendo uno ó dos pecados cuando más, entre los que tengamos por el principio y fuente de los otros, ó por capaces de arrastrarnos á los más graves pecados; propongámonos poner todo nuestro esmero en evitarlos en adelante; por ejemplo, en el intervalo de una confesión á otra, así como renovar cada día nuestro buen propósito, á fin de asegurar su cumplimiento. Tomemos entre los santos un Patrón que nos procure con su ayuda la gracia de triunfar de tal vicio en particular que estamos resueltos á combatir.—Este aviso es muy importante, y si somos fieles en observarlo llegaremos á reformar en poco tiempo toda nuestra vida.

4.º Cumplamos de buena gana, sin

^a Ya he expuesto en el medio 2.º, artículo 3.º diversos motivos muy propios para excitarnos á los santos afectos de una sincera penitencia.

tardanza y con devoción, la penitencia que nuestro confesor nos haya impuesto. Ofrezcámonos á Dios con la más entera disposición de aceptar tal ó cual satisfacción que le agradare recibir de nosotros, de sufrir toda clase de desprecios, injurias y persecuciones; de soportar la pérdida de nuestros bienes, las enfermedades y otras adversidades, y más particularmente tal cruz que quiera imponernos: tratando por este acto de resignación de someternos en cierto modo á los derechos de la justicia divina.

(Véase en el décimo medio una explicación más extensa de las condiciones de una buena confesión. Nos limitaremos á dar aquí un modelo abreviado de los actos que convienen á una alma penitente).

ACTO DE CONTRICIÓN

¡Oh padre de las misericordias y abismo incomprendible de bondad! á vuestros pies teneis á un impío y rebelde pecador, indigno de dirigir los ojos al cielo. Me prosterno delante del trono de vuestra clemencia, y con el corazón contrito y humillado, os hago la confesión de mis pecados innumerables, cuya gravedad me espanta, porque toda mi vida, y aun después de mi última confe-

sión, he pecado contra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, por pensamientos, palabras y acciones, contra Dios, contra el prójimo y contra mi mismo: yo os he ofendido, Señor, por orgullo y avaricia, por impureza y gula, por cólera, envidia y pereza y por otros mil fines detestables: con insolente audacia, he ultrajado vuestra adorable Majestad, he despreciado vuestro soberano poder y vuestra autoridad.

Detesto con toda la aversión de que soy capaz mis monstruosas iniquidades: las maldigo y las aborrezco aun tratándose de aquellas de las cuales mi memoria ha perdido el recuerdo; reconozco que todas ellas encierran en su propio fondo horrible deformidad y absoluta oposición con los deberes de un ser racional. Y considerando el momento preciso en que tuve la desgracia de cometerlas, me han tornado á vuestros ojos, Dios mío, un objeto de abominación por toda la eternidad. Yo las detesto, pues, no por estos motivos ni por el deseo de la recompensa prometida á los justos, de los cuales me he hecho indigno, ni por el temor de los suplicios destinados á los pecadores, que conozco haber merecido, sino únicamente porque os he ofendido á vos, mi soberano. Sí, porque mis pecados se hallan en detestable oposición con vuestra po-

testad infinita, vuestra voluntad justísima y todas vuestras divinas perfecciones; porque os desagradan á vos ¡oh mi divino amor! á quien amo sobre todas las cosas, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas; únicamente porque no os placen á vos, que sois El que es, infinitamente amable é infinitamente perfecto en vuestra admirable esencia.

¡Oh pecado, mónstruo horroroso! ¿cómo pude yo amarte más que á Dios? ¿Cómo, siendo un despreciable gusano de la tierra, he tenido la audacia de ofender así á mi Señor, á mi Criador, mi Redentor y único Bienhechor? ¿Cómo pagué con tan culpable insensibilidad esa benevolencia inefable y más que paternal, esa bondad tan apasionada en cierto modo para hacernos bien? ¿Cómo, en el exceso de mi ingratitud y de mi insolencia, he preferido el demonio, el mundo y la carne? He pecado sin motivo, por una fútil ventaja, por una sensualidad vergonzosa, por un placer infame cuyo solo recuerdo me hace ruborizar, por dejarme llevar del mal sin ser forzado por ningún tirano, sin ser obligado por ninguna amenaza ni promesa. He cometido mis faltas en vuestra presencia, ¡oh Dios de toda santidad! á pesar de vuestras amenazas del infierno y de vuestras prome-

sas del cielo, en el tiempo mismo en que me colmabais de los más grandes beneficios, cuando me recibiais con un amor infinito y me estrechabais como á un hijo en vuestros brazos paternales. Pequé, después del perdón mil veces concedido. ¡Ah! me avergüenzo de mí mismo, me arrepiento... ¡Oh Dios mio! ¡Que no pueda yo morir! ¡que mi corazón no se destroce por la vehemencia de mi dolor!...

¡Oh divina hermosura! ¡oh dulzura infinita! ¿cómo he podido aborreceros, á vos que sois todo amor? ¿Cómo he podido obligar á vuestra omnipotencia á concurrir á mis acciones criminales, y á vuestra inmensidad presente en todo lugar á ser testigo de ellas? ¿Cómo he preferido un placer vergonzoso á la voluntad del más equitativo de los señores? ¡Ah! me arrepiento; me arrepiento de todo mi corazón, con toda la extensión y con todas las potencias de mi alma. *Que mi dolor esté siempre en mi presencia.*¹, porque pagué vuestro incomprendible amor con odio, porque hice el mal al que me hizo tanto bien. *Que mis ojos viertan torrentes de lágrimas,*² *que lloren día y noche la impiedad* por siempre censurable, con la cual he crucificado de nuevo al que me ha rescatado del

¹ Sal. 37. 18.

² Sal. 118. 136.

infierno con su muerte. *Que mi vida se consuma en el dolor y mis años en los gemidos,*¹ porque he ofendido al que me ha amado con amor eterno y desinteresado, con el amor con que se ama á sí mismo, aunque previó que yo le correspondería con tanta ingratitud. *Tened piedad de mí, ¡oh Dios mío!, tened piedad de mí.*²

Yo os ofrezco los dolores de Jesucristo; las lágrimas de San Pedro, de Santa Magdalena y de las otras santas penitentes, en compensación de la insuficiencia de mi arrepentimiento; y porque no tengo el vivo horror que debería sentir por el pecado, os ofrezco, Dios mío, para suplir lo que me falta, el odio infinito con que vuestra santidad lo detesta. En espíritu y por motivo de penitencia, me entrego en vuestras manos, pronto á padecer todas las afrentas y las ignominias, todos los dolores y los sufrimientos y aun los tormentos del purgatorio. Hasta consiento voluntariamente en morir y convertirme en polvo. Pueda yo, por todas esas expiaciones, honrar al menos de alguna manera vuestra justicia, glorificarla y satisfacer sus derechos. Amén.

¹ Sal. 30. 11.

² Sal. 56. 1.

QUINTO EJERCICIO

Recepción en espíritu del santo Viático y de la Extrema-Unción

Figurémonos tendidos en nuestro lecho, atacados de una enfermedad mortal; que se nos ha advertido la aproximación de nuestra última hora, y que debemos recibir hoy mismo el santo viático y la Extrema-Unción: excitémonos con fervor al deseo de participar de estos dos sacramentos, con la intención que tuvo Jesucristo cuando los instituyó, con las que exige de nosotros al recibirlos y con las que tuvieron los más grandes santos cuando se los administraron; con la intención además de recibir todas las gracias y todos los efectos que deben producir en virtud de su divina institución. Conjuremos con vivas instancias á nuestro Dios, al soberano árbitro de todos los tiempos, á que no permita salgamos de este mundo sin haber recibido el socorro celestial de esas dos fuentes de gracias. Si tenemos tiempo, leamos con piedad y devoción las oraciones prescritas para esas ceremonias en el Ritual de la diócesis ó en el Ritual romano.

Después de haber hecho con gran fervor los actos de las virtudes propias para esta circunstancia, si tenemos permiso

de nuestro confesor, dirijámonos á la santa Mesa, y comulguemos como si lo hiciésemos por Viático, ó á lo menos hagamos la comunión espiritual figurándonos recibir de manos del sacerdote el *Pan de los ángeles hecho por amor, el alimento de los viajeros.*¹

Después de la comunión adoremos al divino huésped que reside en nuestro corazón; démosle gracias por todos los beneficios de que nos ha colmado, por los numerosos días que nos ha dejado vivir en la tierra; pidámosle humildemente perdón por el mal uso que hemos hecho de ellos y por haberle tantas veces y tan gravemente ofendido. Mientras durara nuestra vida, hagamos en sus manos el completo abandono de ella para que su Majestad nos la quite á la hora que le agrade. Pidámosle, en fin, la gracia de pasar de este mundo á la eternidad con santas disposiciones, y de ganar todas las indulgencias que la Iglesia concede en el artículo de la muerte.

Representémonos en seguida que el sacerdote está ahí, cerca de nosotros, para darnos la Extrema-Unción. Toquemos, formando el signo sagrado de la redención, las partes que se ungen con el santo óleo,

¹ Himno de la Iglesia.

y pronunciemos devotamente la fórmula propia para cada una de las unciones que se hacen en ellas, diciendo: *Que Dios por esta santa Unción y por su misericordia me perdone todo el mal que he hecho con la vista †, con el oído †, con el olfato †, con el gusto †, con el habla †, con el tacto †, con el andar †, con los deseos impuros del corazón.* En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.¹

Excitémonos á un vivo pesar de los pecados que hemos cometido con estos sentidos; y, para satisfacer á la divina justicia, ofrezcámosle los dolores que Jesucristo sufrió en estos mismos sentidos; solicitemos, en fin, de Dios y con fervor estas dos gracias: la entera remisión de todos nuestros pecados y de las penas merecidas por ellos, y la final perseverancia.

Según la unánime opinión de los piadosos autores que han tratado de esta materia, hay ciertos actos de virtudes especiales que conviene á todo cristiano ejercitar antes de entrar en la morada de su eternidad. En el tiempo de nuestra última enfermedad, después de recibidos los sacramentos de los moribundos, debemos, á ejemplo de los santos y para

¹ Oraciones del Ritual.

edificación del prójimo, recoger todo nuestro fervor á fin de cumplir este deber.

Estos actos son:

1.^o *Acto de profesión de fe.* La fórmula de la profesión de fe propuesta por la Iglesia, según el santo Concilio de Trento, se encuentra al fin de esta obra. No debemos descuidar en nuestra última enfermedad, si las circunstancias de tiempo y de lugar lo permitiesen hacer, según esta fórmula, nuestra profesión de fe, en presencia de testigos y delante de un Crucifijo colocado entre dos velas encendidas. Si no pudiésemos, por nuestra debilidad, leerla nosotros mismos, haremos que alguna persona la lea por nosotros de una manera clara y distinta y con religiosa atención.

2.^o *Acto de acción de gracias.* Según una recomendable costumbre, generalmente admitida entre los hombres, cuando uno está para dejar el lugar donde ha habitado, se despide de sus amigos, da gracias á aquellos de quienes ha recibido algunos beneficios, y ruega á aquellos á quienes puede haber ofendido se dignen perdonarle. Es conveniente cumplir esta costumbre antes de salir de este mundo. Tenemos, pues, en primer lugar, que dar á Dios, autor de todo bien, las acciones de gracias que le debemos por

los innumerables y señalados favores con que este Ser soberano, aunque fuésemos las más indignas de sus criaturas, se ha dignado colmarnos todo el tiempo de nuestra vida, durante el espacio de N. años, desde el primer instante de nuestra existencia hasta el día de nuestra muerte, sin que fuese obligado por ningún otro motivo que el amor que nos tiene, pues su Majestad no necesita de nadie.

En seguida, si somos ancianos, demos gracias á nuestros bienhechores y á nuestros amigos; pidámosles perdón por las penas que les hubiéremos ocasionado. Hagamos algún regalo á los criados que nos sirvieron en nuestra enfermedad en testimonio del recuerdo que conservamos de sus cuidados.

Si somos religiosos, manifestemos nuestro reconocimiento á la comunidad, por haberse dignado admitirnos en el número de sus miembros, siendo tan indignos de ser acogidos; por habernos alimentado y soportado tanto tiempo, siendo en nuestro santo estado una carga inútil y un motivo de vergüenza. Expresemos también nuestros sentimientos de gratitud á nuestros superiores, por la caridad que han ejercido con nosotros, á nuestros iguales, por la paciencia con que nos han soportado; á

nuestros superiores, por los servicios que nos han hecho, principalmente durante nuestra enfermedad. Pidamos perdón á todas esas personas por las faltas que hemos tenido con ellas, y renovemos nuestros votos con la fórmula usada en nuestra comunidad.

Acto de reconciliación con nuestros enemigos. Para prepararnos á morir cristianamente, no basta perdonar á nuestros enemigos en el secreto de nuestro corazón, ó gemir interiormente por las injurias que hemos hecho á nuestros prójimos; sino que debemos también, á ejemplo de Jesucristo, que oró públicamente por sus verdugos, reconciliarnos públicamente con nuestros enemigos, con todos los que nos desean mal, á fin de expiar por esta edificante acción el escándalo que hemos dado por nuestras divisiones, y de reparar, por este sincero y completo retorno á la caridad, las deplorables consecuencias de nuestras enemistades.

Nos apresuraremos, pues, á pedir á todas las personas presentes, y por nuestra parte lo concederemos, el perdón de todo aquello en que nos hubiesen ofendido: cumpliremos este mismo deber para con los ausentes por comisión ó por cartas. No dejaremos á nuestros herederos el encargo de reparar el mal que hubiéremos

hecho al prójimo en sus bienes ó en su reputación, sino que lo haremos nosotros mismos antes de nuestra muerte lo mejor que nos fuese posible, y según el consejo de un director piadoso é ilustrado, resarciendo los daños que hubiésemos ocasionado.

En fin, íntimamente convencidos de que nuestro Padre celestial no nos perdonará nuestros pecados si no perdonamos á los que nos ofendieron, consideremos un deber el reconciliarnos con nuestro prójimo, como deseamos que Dios nuestro juez se reconcilie con nosotros, como Jesucristo quiso reconciliarse con sus verdugos, y como los santos han querido hacerlo con sus perseguidores. Para esto, abracemos desde ahora á nuestros enemigos con el vivo afecto de caridad con que esperamos amarnos eternamente en el cielo.

En el cuarto medio daremos algunos modelos de los actos de caridad para con nuestros enemigos.

Estos tres actos de Profesión de fe, de Acción de gracias y de Reconciliación con nuestros enemigos, son como un triple lazo que une indisolublemente con Dios y con el prójimo al cristiano moribundo y que estrecha tal vez entre sus nudos la suerte de nuestra predestinación. Nosotros la fortalecemos aún

con el siguiente ejercicio para terminar este retiro de preparación para la muerte.

SEXO EJERCICIO

Recomendación del alma y su salida de este mundo.

Pongámonos de rodillas en nuestro oratorio, después de haber recitado el *Veni Creator*, imaginémosnos que al fin nos desahucian los médicos, que nos aproximamos á la agonía, que cerca de nuestro lecho arde una vela encendida, que nuestro confesor nos presenta la imagen del crucifijo y nos dice con voz piadosa, grave, recogida y llena de dulzura: "Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre del Padre que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo que padeció por tí; en el nombre del Espíritu Santo, que á tí se ha comunicado; y que seas admitido el día de hoy en el lugar de la paz, y que tu morada sea la santa Sión."

Digámonos á nosotros mismos: "Alma mía, ya hemos llegado á la última hora del terrible paso de este mundo al otro; vamos á salir de esta tierra para entrar en la morada de nuestra eternidad. Dejemos, pues, voluntariamente y con gozo la frágil habitación de este cuerpo, para

ir á fijar eternamente nuestra vivienda en el palacio de nuestro Dios, para ver cara á cara la hermosura infinita, la esencia infinitamente amable, para poseer sin interrupción, para amar sin medida todos los transportes de nuestro corazón, la reunión de todas las perfecciones. ¡Oh, qué inmensa dicha conocer el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo! *¡estar reunido á los coros de los ángeles contemplando delante de sí el rostro de Dios, no tener ningún temor de la muerte, y poseer la dichosa certeza de la eterna incorruptibilidad!*¹. ¡Oh Israel! ¡cuán grande es la casa de Dios, y cuán vastos los lugares que él posee!².

"Aquella será pronto nuestra morada, ¡oh alma mía! *¡algún tiempo más,*³ *é iremos á la casa del Señor!*⁴. Unos momentos más de tribulación, y nuestra aflicción será recompensada con un peso eterno de gloria." Si, con esta magnífica *espera, mi alma se inflama y arde en el deseo de ser por fin admitida en la mansión donde le espera un gozo sin límites*⁵. No obstante, no estoy todavía seguro de esta dicha, puedo aún perder

¹ San Greg. Homil. 37 sobre el Evangelio

² Baruch. 3 24.

³ Juan 7. 33.

⁴ Sal. 121. 4.

⁵ San Greg. Homil. 37 sobre el Evangelio.